

EL ENIGMA BEN BELLA

Por EDUARDO HARO TECLEN



¿Quién es Ben Bella? ¿Hacia dónde lleva a Argelia? Estas son las interrogantes que preocupan al mundo. El Presidente argelino se enfrenta con una grave crisis.



El coronel Mohand U El Hadj, jefe militar de la rebelión de la Kabylia, es uno de los veteranos de la guerra de independencia, a diferencia del coronel Boumedién, ministro de Defensa, que dirigió la lucha desde Marruecos todo el tiempo.

ESTE enigma preocupa al mundo ahora: ¿quién es Ben Bella?, ¿hacia dónde lleva Argelia?

La solución del enigma es capital. La posibilidad de implantación de un régimen comunista en el norte de África, en un país árabe, puede ser decisiva para el futuro del mundo. Afectaría no sólo a los países árabes y a todo el continente africano, cuyos nuevos países están buscando postura política, y al extremo sur de Europa que está a unas horas de navegación de Argelia, sino al equilibrio precario entre los dos grandes bloques del mundo. Las previsiones en este sentido parecen contradictorias. «Newsweek» (30 de septiembre) publicaba estas palabras: «Argelia puede convertirse pronto en el primer satélite soviético declarado del continente africano: éste es el alarmante contenido de los informes que llegaron a Washington la semana pasada procedentes de los diplomáticos y los funcionarios del servicio de información, que están convencidos de que Ahmed Ben Bella tiene un programa concreto para establecer una dictadura de tipo Castro.» Y el corresponsal del propio semanario político en Argel cree que la fecha de la declaración formal podría ser la de 1 de noviembre, noveno aniversario de la revolución. El «Times» de Londres no cree en la conversión de Argelia en satélite, pero sí en la «castrización» de Ben Bella. Hedrick Smith duda, en cambio, de estos planes de Ben Bella («New York Times», 1 de octubre) y estima que la amistad y la admiración del Presidente Ben Bella por Castro son más bien «muestras de simpatía por otro revolucionario que indicaciones de que Argelia esté a medio camino del comunismo». El propio Ahmed Ben Bella parece despejar la incógnita con unas declaraciones hechas a la «Tribuna de Lausanna» (4 de septiembre) en las que dice textualmente: «Hay una realidad argelina que requiere obligatoriamente una experiencia socialista, pero ésta no nos conducirá al comunismo. Porque nosotros somos creyentes. Un 99 por ciento de la población argelina es creyente. Yo mismo lo soy.» El socialismo, para Ben Bella, no es incompatible con su religión. «El Islam —dice— nos ayuda a construir el socialismo. El Islam condena la usura. El Islam es profundamente socialista. Es una religión sin clero, en la que el creyente está frente a Dios sin intermediarios. No hay ninguna contradicción, absolutamente ninguna, entre el Islam y el socialismo». Estas declaraciones pueden completarse con otras que recientemente hacía a un diario soviético: «En nuestro país no hay lugar para el anticomunismo.» ¿Cuál es la diferencia de un país que practica al máximo la «construcción del socialismo», donde no hay lugar para el anticomunismo, con un país definitivamente comunista? El matiz parece difícil de aclarar.

un campo socialista

JEUNE Afrique», el semanario político tunecino que es casi siempre esclarecedor en los asuntos del norte de África, no quiere dejarse engañar por las dudas del enigma. En su último número (30 de septiembre, ó de octubre) escribe esta frase tajante: «Si existe aún un «campo socialista» puede hoy incluirse en él, sin dudarlo, a Argelia. Hace aun unas semanas se podían plantear legítimamente algunas preguntas sobre la realidad de esta entrada en la vía socialista: ¿hasta dónde irá el socialismo argelino?, ¿por qué etapas pasará?

¿Será una nueva forma de un procedimiento ampliamente expandido en toda África? Desde ahora, estas cuestiones ya no significan nada.»

En efecto, parecen no significar nada en un país donde la propiedad privada está dejando de existir. «La tierra es de quien la trabaja», dice Ben Bella, con frases textuales del marxismo-leninismo. Los últimos cinco mil colonos franceses acaban de ser desposeídos de sus tierras, sin más pago que el valor de la cosecha ya recogida. Los grandes hoteles, los cines, las fábricas, los almacenes están dirigidos por los propios trabajadores en lo que se llaman «comités de gestión». Los grandes capitales desaparecen velozmente; el Estado les sustituye. Las clases medias se van disolviendo —es una agonía difícil y dura: se debaten desesperadamente antes de hundirse—. Los grandes jefes liberales y moderados de la guerra han desaparecido del poder: muchos están en el exilio. Las fuerzas armadas «constituyen un ejército de militantes que ayudan a reconstruir el país: en las recolecciones de cosechas en la construcción, en el trabajo social. Ayudará en el programa de repoblación forestal, en la recuperación de tierras» («El Djelch», periódico del Ejército).

resultados aparentes

CUANDO Ben Bella inició estas medidas, las profecías se volvieron contra él. Se pensó en el Congo, se pensó en otros países africanos que habían ido «demasiado lejos» en la descolonización y se calculó la catástrofe. No solamente lo calcularon los franceses —que abandonaban Argelia y, por lo tanto, hablaban de sus posibilidades con despecho—, sino también, muchos jefes argelinos pertenecientes a la pequeña burguesía. Probablemente no tenían en cuenta que, al contrario que otros países africanos, Argelia había conquistado su independencia con una guerra de siete años; que esta guerra constituía al mismo tiempo una revolución y que las revoluciones, en un cierto sentido, son pedagógicas: es decir, que preparan nuevas clases, nuevos dirigentes, y que al mismo combatiente llano le dan una nueva noción de la responsabilidad y del sentido de la vida. El hecho es que hasta ahora los resultados aparentes de la socialización extrema de Ben Bella no son malos. En realidad, el trabajo de la tierra por los campesinos no podía dar más que buenos resultados porque había que compararlo con una situación anterior: la mayor parte de los colonos habían abandonado las tierras. Y los campesinos, ahora, no hacen más que continuar su propio trabajo, pero fortalecidos, con la seguridad de que los beneficios van a ser para ellos y para la comunidad en lugar de para el colono. La reconstrucción de los «bidonvilles» o barrios de latas ha sido otro éxito. Kamal Jawad, en «Jeune Afrique», describe su funcionamiento, tomando como base el de Uled Uchaya —a las puertas de Argel—. Las familias que vivían allí estaban en las condiciones habituales de estas habitaciones infrahumanas, y pagaban a los propietarios del terreno tres mil francos mensuales. Mil seiscientos hombres de los dos mil que componen la población se han dedicado a la construcción de verdaderas casas: el estado les da el material completo y un salario mínimo de mil francos. Las nuevas casas sólidas, con instalaciones sanitarias y cuarto de baño, cuestan ahora dos mil francos al mes. Se ha resuelto la situación al mismo tiempo que se ha aliviado el problema del paro.

El corresponsal del conservador «Times» de Londres ha visto también aspectos positivos. «El Gobierno argelino —escribe— puede celebrar su primer año con alguna satisfacción, a pesar de todas sus contrariedades. El éxodo totalmente inesperado del noventa por ciento de los colonos franceses que ocupaban todos los puestos de responsabilidad del país hizo pensar en un colapso económico total, y eso no se produjo. Los servicios públicos argelinos marchan. Una nueva administración ha salido de la nada. Un importante programa de reforma agraria se ha puesto en marcha con comités de gestión elegidos por los trabajadores que han tomado posesión de las tierras abandonadas por los colonos. El éxito de los comités de gestión ha sido vario, pero algunos han trabajado con buen éxito y Ben Bella anuncia la convocatoria de un congreso de trabajadores con participación de los miembros de los comités de gestión para examinar los resultados del año.»

Estos resultados aparentes no se reflejan, hasta ahora,

en la economía general, aunque contribuyan a la mejora de la situación del proletariado. La economía general del país ha sufrido incalculablemente tras los años de la guerra y con la desaparición de un millón de franceses colonos y ochocientos mil soldados con gran poder adquisitivo. La ayuda americana ha sido escasa como consecuencia de la incertidumbre política de Washington. La ayuda francesa va probablemente a desaparecer como resultado de la expulsión de los últimos colonos. Pero la URSS va a aportar cien millones de dólares y ayuda técnica.

los hombres de la revolución

CON todo esto, las incógnitas esenciales siguen en pie, a pesar de tanta claridad aparente. Todo reposa en Ben Bella, y Ben Bella sigue siendo enigmático. Como lo era Castro en la Sierra Maestra, y aun en los primeros meses de su Gobierno.

Ben Bella es hoy un hombre solitario. En las ocho habitaciones de su departamento personal en Villa Joly, en la ciudad alta, vive sin más compañía que su cocinero y su criado. A veces almuerza o cena con su madre —que sigue vistiendo a la usanza tradicional de las campesinas de Marnia—, o los núcleos de parientes que siempre movilizan los árabes. De ocho a nueve, Ben Bella lee la prensa; a las nueve le visitan sus colaboradores directos: les recibe hasta las doce, hora en que desciende a los pisos inferiores y comienza sus apariciones públicas. Por las tardes despacha con el Gobierno. A las ocho y media regresa a su departamento y raras veces vuelve a salir. Su hora de acostarse: la una y media de la madrugada. Este hombre moderado y puntual de 47 años es el mismo que se ha enfrentado con trincheras, cárceles, pelotones de ejecución. La vida aventurera ha pasado. Queda un político maduro.

Pero junto a él hay otro enigma: el coronel Bumedien. Hace más de un año Jean Lacoutre escribía de él que «es el hombre más ambiguo del personal político militar de Argelia». Lo sigue siendo. Tiene una formación militar adquirida en el Oriente Medio y una gran parte de marxismo en su cultura. El Ejército cree en él y le obedece. Sus arengas, en un árabe cortado y seco, son siempre revolucionarias. Se declara también creyente islámico. Más de una vez se ha manifestado contrario a los acuerdos de Evian. Sus puestos oficiales son los del segundo hombre de la República: Viceprimer ministro y ministro de Defensa. Pero muchas personas piensan de él que es en realidad el primero, y que utiliza su inteligencia y su poder para completar la figura, eminentemente popular, de Ben Bella, héroe de la revolución.

Ahora Bumedien ha ido a Moscú. La insurrección de la Kabylia no ha detenido su viaje. Ha dado dos pruebas con ello: que no conceda interés militar a la insurrección y que daba una importancia trascendental a su visita a Kruschchev.

la contrarrevolución

LA contrarrevolución, por llamarla como la llama Ben Bella, también se dice socialista. El término socialista es uno de los más confusos del mundo político actual —en Europa como en África o en América— y se presta a toda clase de juegos. La contrarrevolución está surgida de la burguesía, de la clase media que se ve arrollada. Ferhat Abbas, que fue un día alma del FLN, está apartado. Krim Belkacem da la sensación de haberse quemado en el exilio, y algunas informaciones dicen que ha regresado a Argelia pero que no tiene actividad política. Aparece ahora como cabeza visible Ait Ahmed con un partido clandestino, el «Frente de Fuerzas Socialistas». Hocin Ait Ahmed es un berebere de Kabylia, hijo de una gran familia. Ya en 1950 fue apartado del mando por «desviación berebere-materialista», y en 1954 reapareció en El Cairo junto a Ben Bella. Fue representante de Argelia en la conferencia de Bandoeng. Y en 1956 sufrió la misma suerte de Ben Bella: es decir, fue raptado por los franceses en un avión marroquí, conducido a Francia, condenado a muerte y liberado a la firma de los acuerdos de Evian. Pero tan pronto el nuevo equipo se puso en funcionamiento, Ait Ahmed fue distanciándose de su antiguo compañero de aventura hasta tomar el camino del exilio en París y, ahora, la cabeza de la oposición y de la insurrección abierta. Esta insurrección se

apoya en el regionalismo berebere de la Kabylia, aunque sus dirigentes mantengan siempre que no son separatistas. Y ha encontrado repentinamente un aliado en Mohand U el Hach, «El Viejo», que durante gran parte de su vida fue joyero y a quien la guerra convirtió en coronel. Hoy tiene 62 años, y es de estos hombres en quienes las revoluciones ejercen su pedagogía: la guerra le convirtió en casi un estratega, en un aguerrido conductor de hombres, capaz de asegurar el orden en Kabylia y de dirigir la «Wilaya III», que luego se convirtió en séptima región militar.

Estos dos hombres han lanzado una extraña insurrección en la que no ha habido —por lo menos hasta el momento en que escribo— disparos: que se ha manifestado como «disidencia política». Se apoyan, como antes digo, en el descontento étnico de los bereberes de Kabylia, que se han considerado siempre distintos de la raza árabe. Se deben apoyar en algo más. Ben Bella ha acusado a Marruecos de fomentar el golpe de Estado. Marruecos ha reaccionado con indignación y con desmentidos. No parece que esté realmente detrás de la insurrección. En cambio, es muy posible que haya agentes franceses mezclados, quizá separatistas —un triunfo del socialismo de Ben Bella dejaría al descubierto todo lo que el socialismo de Nasser tiene de demagogia— y hay quien asegura que está mezclada la CIA, la oficina de servicios secretos americanos, ya que a Washington interesa primordialmente que no se establezca el comunismo en el occidente de África. La insurrección así iniciada no parecía destinada a derribar el poder. Esto parece prácticamente imposible hoy. Una insurrección militar abierta hubiera sido aplastada por el Ejército. Pero podía estar hecha para retrasar el viaje de Bumedien a Moscú y para evitar esa anunciada proclamación de comunismo que los americanos temen para el uno de noviembre. El primer objetivo no ha sido realizado. Es posible que se haya impedido el segundo, y que precisamente esto es lo que haya obligado ahora a Ben Bella a declarar al comunista por razones estrictamente religiosas. Porque es muy de hacer notar que Ben Bella no ha opuesto al comunismo otra cosa más que su islamismo, y no una política doctrinal contraria.

un comunismo sin nombre

TODO hace pensar que la situación de Argelia es la de un comunismo sin nombre, un comunismo sin etiqueta. Probablemente, un comunismo árabe, un comunismo peculiar para las condiciones de Argelia, teniendo en cuenta, además, sus condiciones religiosas. Esto se emparentaría mucho con lo que antes se llamaba «trotskismos» y que después de la destalinización y de las nuevas vías abiertas por Kruschchev es una palabra que se ha veído en gran parte de su contenido. En todo caso, Ben Bella habla continuamente de la fraternidad con los pueblos de la URSS y de China —porque al mismo tiempo que Bumedien viajaba a Moscú, otra delegación argelina de importancia menor se iba a Pekín— y de su camaradería revolucionaria con Castro.

Puede pensarse que Argelia tardará un tiempo en entrar directamente en el mundo comunista y abrazar definitivamente la política de ese bloque —el tiempo, en Argelia, tiene una velocidad propia: los catorce meses transcurridos desde que Ben Bella regresó a Argel hasta hoy son como siglos en otros países—; pero también puede pensarse que éste acontecimiento no ocurrirá nunca.

Creo que puede decirse que Ben Bella no es un marxista-leninista, y que probablemente no lo es tampoco Bumedien. Como puede asegurarse que no lo era Castro, que hoy ya se declara así. Ben Bella, probablemente, no tiene más que una ideología de la oportunidad, y una enorme presión de las masas sobre él. Estas dos fuerzas son las que le dirigen: hoy le dirigen hacia el comunismo, pero en algún momento puede quererle apartar de él. Por otra parte, no se sabe cuál puede llegar a ser la fuerza de los disidentes. Ait Ahmed recordaba un ejemplo histórico: «Las guerrillas españolas acabaron con Napoleón.» Kabylia es una zona ideal para las guerrillas, los bereberes son guerrilleros natos.

Todo este terreno es movetizo. La misma velocidad del desarrollo de la historia en Argelia lo hace así, como pesa con toda África. Los datos que se deben tener en cuenta son muchos. Sin embargo, por el momento, el camino parece trazado.

¡Lo que le interesa saber de Tampax!



¡Más libertad!

Con TAMPAX - ese método de protección sanitaria mensual usado internamente - se goza de más libertad física. No más cinturones, no más alfileres, no más compresas.



¡Más sencillo!

El uso de TAMPAX es tan fácil y sencillo como el ABC. De no ser así no lo hubiesen adoptado millones de damas, si ¡millones!... profesoras, amas de casa, enfermeras, oficinistas y damas en general.



¡Que higiénico!

TAMPAX fue ideado por un médico. No produce olor. Un aplicador patentado hace posible su inserción sin que las manos lo toquen. Se desecha con facilidad - además es quince veces más pequeño que cualquier otra compresa.



¡Y qué comodidad!

TAMPAX se puede llevar fácilmente en la cartera. De venta en farmacias y tiendas para señoras.



Ideado por un médico. Usado ahora por millones de mujeres.

ENVIE ESTE CUPON HOY MISMO

Enfermera María Rosa
LABORATORIOS DESLAND
Teruel, 22 - Madrid (30)
Sirvanse enviarme gratuitamente tres TAMPAX con instrucciones completas. Adjunto remito 10 pesetas en sellos de correo para gastos de envío.
Nombre _____
Dirección _____
Población _____